

**Ordóñez, A. (2022). *El mito y el desencanto. Literatura y poder en la Cuba revolucionaria*. México. Paidós. 232 pp.**

## **Literatura y Poder en Cuba. ¿Está la Revolución acabada?**

Pedro González Olvera<sup>1</sup>

El 1º de enero de 1959 las tropas guerrilleras encabezadas por el comandante Fidel Castro hacían su entrada triunfal a La Habana después de varios años de lucha y de acabar con el régimen de Fulgencio Batista. El triunfo de la Revolución fue recibido con entusiasmo en Cuba y en casi el resto del mundo. La renovación de la vida política social y económica de la isla caribeña era algo esperado desde hacía tiempo y las perspectivas eran alentadoras con el nuevo gobierno.

Pero cuando Fidel declaró que su Revolución era socialista y se basaba en el marxismo-leninismo el entusiasmo disminuyó, sobre todo, lógicamente, en los Estados Unidos, pues de repente se enteraron que tener un Estado socialista a las puertas de su casa les iba a complicar la vida, como luego ellos se la complicaron a los cubanos.

Al interior de Cuba, no obstante, el apoyo de la mayoría, y sobre todo de los intelectuales, permaneció toda vez que había signos que prometían apertura en la creatividad; se editaron diarios, y suplementos culturales, se crearon programas de televisión y se rodaron películas que daban rienda suelta a la imaginación creativa, siempre apoyando a la Revolución. Los aplausos eran consensuales y la inteligencia internacional manifestaba su apoyo, con escasas reservas, al nuevo gobierno cubano.

Sin embargo, conforme avanzó el proceso de socialización la situación se fue transformando y de esa apertura se pasó a una política de control de las manifestaciones de todo tipo que no estuvieran ceñidas al estricto modelo que suponía seguir las reglas del socialismo. Esto pasó en todos los campos. El régimen se endureció y dejó de permitir cualquier expresión que no fuera de apoyo tal y como lo entendían sus dirigentes. El caso de la literatura es paradigmático en el campo cultural.

Precisamente de este tema se ocupa con prolijidad el diplomático, ahora en retiro, e intelectual mexicano Andrés Ordóñez en su más reciente libro: *El mito y el desencanto. Literatura y poder en la Cuba revolucionaria* en el que narra el proceso de cómo se pasó de ese apoyo mutuo (escritores-régimen) hasta llegar a una relación degradada en la que privó la desconfianza, el alejamiento y, en varios casos, la ruptura, como lo muestra el caso del escritor Heberto Padilla, considerado, por el contenido de una de sus novelas, como contra revolucionario, motivo por el que el régimen lo llevó a prisión, lo obligó a auto inculparse

---

1 Licenciado y Maestro en Relaciones Internacionales por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, profesor-investigador del Instituto de Estudios Internacionales "Isidro Fabela" y jefe de carrera de la licenciatura en Relaciones Internacionales de la Universidad del Mar, campus Huatulco.

y a confesar públicamente sus “pecados” contra la Revolución, tal y como había sucedido, toda proporción guardada, con los tristemente célebres Procesos de Moscú.

Ordóñez arma una narrativa compuesta de cinco capítulos mediante los que escudriña la forma en que, después del endurecimiento gubernamental bajo la consigna “nada contra la Revolución, todo dentro de la Revolución” lanzada por el propio jefe nato revolucionario, las puertas de la creación literaria se fueron cerrando. Esos cinco capítulos parten de la tesis primaria de que el corpus literario de cada nación es fundamental en la construcción de la identidad nacional y que esta corre a la par de la formulación del discurso literario.

A mi juicio cada uno de esos capítulos se une después en dos amplias avenidas. La primera se refiere al intento de recuperar el legado de la guerra de independencia que los intelectuales, historiadores y escritores de literatura juzgaban inacabada, idea que retoman los revolucionarios, en la ubicación de sí mismos como los continuadores naturales de esa primera Revolución; juzgan por eso, que son los herederos de la obra del poeta José Martí, “centro gravitacional” de la independencia y de la consolidación de las letras cubanas. Su pensamiento y su figura serán trasladados directamente a la persona de Fidel Castro, cabeza del movimiento que acabaría con la tarea que el movimiento de independencia había dejado sin terminar.

El proceso no fue unívoco, al interior del grupo revolucionario hubo profundas diferencias que terminaron cuando el bloque radical –marxista– se impuso. Pero esto dio pie al proceso de mitificación de lo sucedido en la guerra independentista y luego de la dirigencia revolucionaria, algo que, respecto del primero, habían buscado desde tiempo atrás políticos, intelectuales y escritores por igual, sin obtener resultados satisfactorios. Lo que harán los revolucionarios será recuperar ciertas características personales de Martí, como el carisma y el sacrificio en función de un bien común que llegará más temprano que tarde. Se trata una de visión, la de los revolucionarios, de que ellos son los herederos directos del legado martiano. En este punto los líderes de la Revolución hacen uso de la memoria histórica pues desean lograr la equivalencia entre Martí y Castro y dotar a la Revolución de un origen martiano y al escritor una proximidad con el pensamiento marxista.

Así, el comandante en jefe es postulado como el continuador natural de la independencia cubana, suspendida en su trayectoria por la continua intervención de Estados Unidos. Por tanto, la Revolución socialista y su líder máximo pasan a formar parte del mito fundacional cubano; es lo que Ordóñez llama “mitogénesis”, cuyo significado parece obvio: el surgimiento de los mitos que dan identidad a una nación.

Lo anterior no se vio entre la población cubana como una idea extravagante; por el contrario, a decir del autor del libro que comentamos, se vio como una idea que llegaba a

consolidar un sentido de pertenencia y propósito entre los cubanos que hasta ese momento vivían huérfanos de mitos fundacionales. Esta idea de orfandad, por cierto, había sido creada por los intelectuales de la era republicana, por lo tanto los nuevos revolucionarios crearán las condiciones que permitan la consolidación de esos mitos.

Un elemento central en el recorrido de este sendero fue el monopolio del poder en manos de Fidel Castro, fenómeno que, con la desaparición del mundo bipolar y del propio comandante, desnudó la ausencia de una generación que tomara las riendas de la Revolución, con lo que se vuelve a un vacío simbólico en la medida que no existen personalidades de la talla del comandante supremo ni cohesión identitaria renovada; en consecuencia se llega al desencanto y la incertidumbre, notorios ya en amplios sectores de la población cubana.

Hay, por lo demás una honda vinculación, según descubre Andrés Ordóñez, con una tradición religiosa cristiana tanto en el pensamiento de José Martí, como en los revolucionarios de Sierra Maestra, pues se exalta la moral, el espíritu de sacrificio y la fe en el futuro, valores que destacan en la obra del poeta al tiempo que serán valores resaltados como imperiosos en los verdaderos revolucionarios. Dicho en otras palabras, lo que una religiosidad y Revolución es, aparte del sacrificio personal y colectivo, el futuro venturoso, alcanzable, en el seno del cristianismo, después de la muerte y al término de la construcción del socialismo, en el caso de la ideología revolucionaria.

De manera parecida a como la religión distingue entre lo sacro y lo profano, la Revolución lo hace entre lo conservador y lo revolucionario, “las dos se proyectan mediante mitos y relatos que vienen a integrar su respectiva estructura simbólica y tanto la religión como la Revolución necesitan un profeta, un chamán o un líder carismático” (p. 102). Las dos integran, para decirlo de nuevo, virtudes como entrega, pobreza, lucha, esfuerzo y tenacidad; todo el conjunto será en favor de la causa y del proselitismo militante que, por cierto no es exclusivo del comunismo cubano, sino de todo sistema comunista. El resultado es que dos ramas del pensamiento aparentemente opuestas, martiana y castrista, resultan “gemelas” en muchos sentidos.

La otra vertiente de las dos que descubrimos en el estudio de Andrés Ordóñez se centra en el impacto que la Revolución tuvo entre los escritores de todas las edades y todos los géneros, agrupados principalmente en dos corrientes que caminaban por calzadas paralelas: la de la identidad latinoamericana y la de la singularidad cubana, que se asociaba a la insularidad del país. Unos y otros sufrieron el rigor de intentar alinearse con los nuevos patrones políticos, económicos y sociales; unos ya venían de antaño identificados con la Revolución, pero otros tuvieron que decidir; la mayoría pensó que podían acercarse a la Revolución y contribuir a su formación, unos fueron ortodoxos y sin más se convirtieron o reforzaron su adhesión al socialismo, otros prefirieron el pensamiento republicano

aunque en el marco de la Revolución. La dilatada participación de todos en la campaña de alfabetización es prueba fehaciente de lo anterior.

No solo esto. Hubo un “boom” (por decirlo de alguna manera) en la producción artística, las artes plásticas en general, y la literatura en particular. Aquí y allá brotaban las obras que daban cuenta de los nuevos tiempos revolucionarios por lo que pronto se vio que el sello distintivo de muchas de esas obras sería el realismo socialista; pero hubo excepciones en escritores y promotores culturales que no querían atarse a los rígidos esquemas del heroísmo del presente y futuro prometedor porvenir. Pueden constatarse ejemplos de autores ya tan prestigiados y maduros como Alejo Carpentier, partidario del régimen, incluso funcionario, que no aceptaron completamente los moldes del realismo socialista. Carpentier en su calidad de director del Instituto Cubano del Libro dio un impulso decidido a la publicación masiva de obras universales como *El Quijote de la Mancha*; ello en medio de una avalancha de obras de ficción soviética cuyos argumentos se basaban en aventuras de héroes luchando por el triunfo del socialismo.

La obligación de ajustarse a los patrones realista-socialistas provocó además de desasosiego entre los escritores, un conflicto de identidad. Las posiciones se dividieron, unos se fueron por la ortodoxia y los límites marcados por Castro, otros intentaron seguir con sus ideas liberales y otros más de plano se fueron del país. Y es que Castro había marcado las fronteras a las que podían llegar los escritores: nada sería aceptable y aceptado si no entraba en el marco del realismo socialista y de apoyo a la Revolución.

Los radicales partidarios de estos límites, verdaderos comisarios de la literatura, fueron cercando paso a paso a los liberales, logrando la desaparición de espacios como el periódico *Revolución* y su suplemento cultural *Lunes de Revolución*, la revista *El Caimán Barbudo* y programas de televisión que se apartaban del realismo socialista, aunque no fueran disidentes u opositores al régimen. No solo fue eso, la creación de entidades como los Comités de Defensa de la Revolución y la Unidades Militares de Ayuda a la Producción sirvió en la tarea de maniatar o reprimir abiertamente a escritores desobedientes o imaginariamente disidentes como los católicos y los homosexuales.

Desde luego esta fase de la Revolución no estuvo exenta de contradicciones, pues aún en el seno del oficialismo hubo tendencias opuestas frente a la relación con la Unión Soviética, potencia a la que Cuba se había acercado para su protección económica y política, pues había quienes pensaban que no era conveniente atarse a este país y otros que pugnaban por el mayor acercamiento posible, definiéndose entonces como anti soviéticos y pro soviéticos, partidarios o negadores de los manuales rusos del marxismo-leninismo.

Poco a poco la rigidez se fue imponiendo y los radicales anotaron que un escritor no solo debía apoyar la Revolución sino contribuir a su fortalecimiento con la literatura

como herramienta. Andrés Ordóñez retoma el ejemplo de la imposición de la ideología revolucionaria en su versión más radical, el del escritor que mencionamos antes, Heberto Padilla y su penosa autocrítica, que le sirve, a Ordóñez, en la identificación del “último choque por la dirección de la política cultural de la Revolución o, para decirlo de otro modo, el triunfo definitivo de la línea dura marxista-leninista” sobre los escritores que se afanaban en formular y conducir una política cultural con una perspectiva más diversa y crítica. Los nombres de este grupo son bien conocidos, Carlos Franqui, Guillermo Cabrera Infante, Virgilio Piñera, Antón Arrufat y otros.

El trato que se le dio a Padilla significó el punto de ruptura con muchos intelectuales de otras naciones que eran partidarios de la Revolución y la apoyaban; sin embargo, eso no fue suficiente en un cambio de actitud por parte del gobierno, sino únicamente en periodos cortos y limitados, como en las horas triunfales de la intervención en Angola por medio de la llamada “Operación Carlota”. Pero la ruptura era definitiva, salvo los casos muy destacados de Gabriel García Márquez y Julio Cortázar, la simpatía intelectual internacional hacia la Revolución se perdió definitivamente.

A decir del autor de *El Mito y el desencanto. Literatura y poder en la Cuba revolucionaria*, en el periodo de la guerra en Angola hubo una cierta apertura a la libertad de pensamiento y se concedió que los intelectuales también podían aportar a la causa una conciencia crítica, labor hasta entonces exclusiva de la clase trabajadora. Esa libertad debía estar, ciertamente, enmarcada dentro del marxismo-leninismo; a cambio la vida privada de los escritores dejó de ser objeto de escrutinio y de crítica o castigo.

La Revolución avanzaba de cualquier forma, con los altibajos de las preocupaciones que les causaba el asedio de los Estados Unidos, hasta que un acontecimiento vino a afectar a Cuba, como a todo el mundo. Ordóñez se refiere al arribo al poder en la Unión Soviética de Mijail Gorbachov con sus políticas de apertura de la Perestroika y la Glasnost, que a la postre acabaría con la Guerra Fría y en el fin del mundo bipolar. A partir de ese suceso, Cuba empezó a perder su principal soporte económico y político, pero a pesar de estas circunstancias, los dirigentes cubanos se resistieron a aceptar la nueva estructura mundial y persistieron en la línea dura, que llevaría a una fractura, que duró varios años, de la Revolución cubana, ilustrada a la perfección con el severo, para los cubanos, “periodo especial”.

Esto y otros factores, entre ellos el juicio y posterior fusilamiento del héroe de la guerra en Angola, Arnaldo Ochoa, junto con un grupo de altos militares, también combatientes en África, y la insistencia en vincular el carisma de José Martí con el de Fidel Castro, infartaron, según Ordóñez, el proyecto revolucionario pues impedían una modernización de la forma de pensar y actuar de los cuadros dirigentes, anclados voluntariamente en la obstinación de aplicar un modelo de gestión pública que ya daba poco de sí.

Llegó así el desencanto de sectores de la población y de los escritores, no solo de varios que habían crecido bajo la sombra revolucionaria, sino también de las jóvenes generaciones que ensayaban vías alternas de expresión artística. O las tradicionales, sin tomar como marco el realismo socialista.

En la ejemplificación de ese desencanto y ante la abundancia de la producción de autores de calidad, Ordóñez se centra en cuatro escritores “cuya posición los hace idóneos” para demostrar la hipótesis del desencanto que arribó al ambiente de la literatura de la isla. Se trata de Norberto Fuentes, Abel Prieto, Leonardo Padura y Pedro Juan Gutiérrez. Su obra es comparada y de ella hace un análisis, al menos de sus obras más representativas con relación a lo que quiere demostrar.

El primero gozó de los privilegios de la cercanía con el poder, tenía acceso a los más altos cuadros del régimen y finaliza por exiliarse escribiendo un libro en dos volúmenes en contra del régimen y su líder: *La autobiografía de Fidel Castro*, en donde se lanza en contra del líder sempiterno de la Revolución. El segundo escritor de la cuatro mencionados, Abel Prieto, una figura que se destacó en el espacio de la gestión cultural de su país desde 1960, como ministro de Cultura y otros altos cargos. Prieto no fue un radical puro de la ortodoxia socialista, pero el factor de estar dentro del régimen hace notable su crítica a la vida cotidiana de la isla y a la nomenclatura del socialismo real, incluida la Unión Soviética, que elabora con humor ácido frente a la rigidez del sistema.

Los otros dos escritores representan formas diferentes de ver la situación nacional *vis a vis* el derrotero de la Revolución. Padura y Gutiérrez viven en Cuba y ahí han escrito su obra. El primero se ha internacionalizado (es probable que sea el escritor cubano más conocido en la actualidad) por sus novelas policíacas, que le sirven como vehículo que se dirige hacia la crítica de la situación cubana sobre todo con el método de la intertextualidad, es decir criticar con dureza pero no directamente, lo que hace asimismo con sus otras novelas. Ordóñez no menciona la última novela de Padura, *Personas Decentes* porque con seguridad no había sido publicada. Pero encuentro que aquí la crítica es mucho más directa y poderosa a los años de mayor cerrazón cultural del régimen revolucionario, pues señala la exclusión de los artistas que fueron apartados y condenados al ostracismo, al ninguneo, a la no existencia y al olvido.

Pedro Juan Gutiérrez es un autor que rompe todos los moldes. Su descripción de la desintegración material y moral de su entorno, la sociedad cubana, es profundamente crítica; la utilización de técnicas que llegan a la escatología, propias de la corriente del “realismo sucio o dirty realism”, le permite dar una imagen descarnada y cruel de la realidad cubana pos-Guerra Fría y de la crisis de la Revolución en el Periodo Especial. Sus personajes no tienen nada de heroicos y se mueven por los imperativos de los instintos más básicos, dice Ordóñez.

Con los cuatro ejemplos, tratados por el autor con más amplitud y, por supuesto, con conocimiento cabal de su obra, se llega a un desenlace que desde el principio de su libro parece obvio aunque no sea explícito: el modelo del socialismo cubano se ha agotado, las generaciones jóvenes ya no tienen a la Revolución como su referencia ideológica principal; viven bajo su gobierno, pero están cansados de la escasez y de la línea dura y los escritos que ocupan el centro de la atención de sus obras escapan a las ataduras vigentes hasta hace poco. El desencanto se ha apoderado de Cuba y el carisma de Fidel ya no funciona como catalizador de identidad cubana.

En conclusión, *El mito y el desencanto* es una obra importante que contribuye a la comprensión de la historia de la Revolución cubana y su impacto en la cultura. El libro es una lectura indispensable para quienes se interesan por la literatura latinoamericana, la historia política de Cuba y la relación entre el arte y el poder. ❀

